

José Agustín Goytisolo

VERANO: LA FAMILIA Y UN AMOR

PAPÁ nadaba bien. Para ir más cómodo se quitaba el tirante de su hombro derecho. Siempre distancias largas y a crol: cruzar el Puerto ir y volver de la playa a la Isleta. Nosotros le admirábamos. Estaba más flaco que una anguila y más moreno que un viejo pescador. «Comes poquísimo». «Mujer: es el estómago». Cebolla y salmonetes hechos el día antes que mi madre guardaba en la fresquera. Siempre tenía a Juan entre los brazos: así la veo en las fotografías. Despechado corría a refugiarme entre las tetas de una señora joven y bella: la Pepita. Me besaba me llamaba «mi rey». Pero los sábados llegaba su marido: un tipo repugnante. Y yo lo consentía pues marchaba el domingo. Hasta que un día le llamó «mi vida». Y ahí se terminó mi amor primero: no conocí jamás mujer tan falsa.

CONCHITA ERA SU NOMBRE

ME cuidaba y temía acercarse a los hombres que le decían cosas porque era muy bonita. Recuerdo que me hablaba de Asturias: aún escucho su acento. Lo que más me agradaba era oírle decir: *a la camina*.

Me ayudaba a quitarme la ropa
y ella abría su blusa. Los durísimos
botones de sus pechos me rozaban los labios:

una mano jugaba a cambiárselos
y la otra se hundía debajo de la falda.

Cada noche siguió tal juego al acostarme.

Neno: *non digas nada*. Me daba gusto y miedo.

Yo tenía ocho años y ella tal vez catorce.

EL DIABLO EN LOS PIES

ME gustaba montar en bicicleta: era de Saint-Etienne: cambio de marchas piñón grande en las cuestas; bajar a tumba abierta ciñendo bien las curvas. Yo llevaba pantalones de golf. Me conocía todas las carreteras desde la casa grande hasta los pueblos que la circunscribían en la costa y detrás de las montañas. El viento en la camisa y los olores de la uva de setiembre y de resina en los pinares y de negras moras. El día de regreso —pues comenzaba el curso— me vestí con el alba: llené de agua la cantimplora y salté sobre el sillín para irme a Barcelona por mi cuenta sorteando autocares de desastre y carros de caballo y baches traicioneros. Crucé la ciudad entera del este hasta el oeste. Al llegar a la casa del jardín me senté contra el tronco del castaño de indias y me dormí. Tardaron en llegar unas tres horas. Castigo: la bicicleta desapareció. Pero ya por entonces prefería jugar al fútbol todos los domingos y entrenar cada día con los chicos más duros del equipo de mi barrio.

DOÑA SOCORRO

SUS modales eran perfectos. Iba de luto riguroso con los cabellos recogidos formando un moño con peineta. Perdió primero a su marido y años después murió su amante: coloreados ambos rostros presidían el comedor: siempre pensé que eran idénticos salvo el bigote del marido que recordaba a Alfonso XIII. Con lo que pudo reunir tomó dos pisos de un rellano con ascensor y eso le daba un gran prestigio en todo Argüelles. Yo viví en el cuarto derecha que llamaba *de los estantes* es decir de pensión completa. Era el otro *de recibir* a las parejas sigilosas: buenas gentes muy aseadas y muy discretas que llegaban por separado. Algunas de ellas llevaban cestas de la compra y ellos con gafas negras y el ABC. Los dos pisos eran dos mundos y la doña su diosa. Yo apreciaba hasta su nombre y ella siempre me llamó *señor Goytisoló*.